Vestigia

José Miguel Baños

Diario de Cicerón

Edición bilingüe

Guillermo Escolar
EDITOR

00_Primeras.indd 3 4/12/17 20:41

Vestigia

Colección dirigida por Vicente Cristóbal

Secretario de Redacción
David Castro de Castro

Consejo Científico
Francisca Moya del Baño
Antonio Guzmán Guerra
María José Muñoz Jiménez
Fernando García Romero
Juan Luis Arcaz Pozo
Pedro Redondo Reyes

Diario de Cicerón

Traducción, introducción y notas de José Miguel Baños

Guillermo Escolar
EDITOR

00_Primeras.indd 5 4/12/17 20:41

2ª edición, 2017

© De la presente traducción, introducción y notas,
José Miguel Baños

© Escolar y Mayo Editores S.L.
Avda. Ntra. Sra. de Fátima 38, 5ºB
28047 Madrid
info@guillermoescolareditor.com
www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez
Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 978-84-17134-04-4
Depósito legal: M-34013-2017

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

00_Primeras.indd 6 4/12/17 20:41

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 7

Cicerón: las cartas de una vida

1. El hombre y su obra

> En Cicerón, una de las figuras señeras del pensamiento y de la literatura occidental, culmina la cultura de toda una época. Con él la prosa latina alcanza su madurez y su lengua se convierte en un modelo de clasicismo para futuras generaciones. Autor de una obra inmensa (discursos, tratados retóricos y filosóficos, cartas, poesía, traducciones), fue a la vez hombre de su tiempo, protagonista activo y espectador reflexivo del derrumbe de todo un sistema[1].

Para un lector del siglo xxi que tenga como referencia a la clase política actual, resulta sin duda llamativa esta dualidad indivisible de la figura de Cicerón, pues vivió con intensidad sus dos pasiones de hombre de Estado comprometido con la realidad de su tiempo, y de hombre de una cultura enciclopédica y de unas inquietudes intelectuales admirables.

---

[1] J. M. Baños, *Cicerón*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2000, p. 17. Esta Introducción, y las introducciones parciales a cada carta, son deudoras en parte de la citada monografía, en parte de nuestras introducciones respectivas a *Cicerón. Discuros IV* (Madrid, Gredos, 1994), la *Correspondencia con Quinto Cicerón* (Madrid, Alianza Editorial, 2003) y la *Correspondencia con Marco Junio Bruto* (Madrid, Ediciones Clásicas, 2008). Para el recorrido por la vida de Cicerón y la contextualización de no pocas cartas me he servido también de nuestra *Antología de los discursos de Cicerón* (3 vols., Madrid, Ediciones Clásicas, 1994).

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 8

Pero no nos engañemos: aunque impresiona, sin duda, la riqueza y diversidad de su obra literaria, Cicerón se sintió ante todo un hombre público con una aspiración vital muy clara: «ser con mucho el mejor y mantenerme por encima de los demas» (Cic. *Q. fr.* 3, 5, 4, carta 17). Y es este protagonismo público el que le hubiese gustado que prevaleciera en la memoria de la posteridad por encima de su prestigio intelectual, de sus *studia bonarum artium* que siempre entendió instrumentales y supeditados a su actividad política.

Y es que Cicerón, convertido en referente de nuestra cultura occidental, encarna como nadie la figura del auténtico humanista, el que entiende su formación cultural como enriquecimiento personal pero proyectado al servicio de la sociedad. Tal vez no esté de más recordar, y recuperar, este concepto de *humanitas*, mucho más rico y «aplicado» que la visión actual, un tanto evanescente, de las «humanidades». Y, puestos a soñar, o simplemente a creer como Cicerón que la historia es *magistra vitae*, el descrédito de la política actual sería otro si nuestras élites mostraran una formación y una inquietud intelectuales similares a las de Cicerón, César o Bruto.

2. Las cartas de Cicerón: valor y actualidad

Tampoco ha perdido actualidad el consejo de Frontón a su discípulo, el futuro emperador Marco Aurelio: «hay que leer todas las cartas de Cicerón, a mi juicio incluso antes que sus discursos. Nada hay más perfecto que su epistolario» (*ad Anton. imp.* 3, 8).

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 9

Sin duda, para un lector poco acostumbrado a los elaborados períodos de los discursos ciceronianos y a una retórica que puede parecer por momentos ampulosa y artificial, la lectura de su correspondencia resulta por contraste mucho más atractiva y actual, con ese tono tantas veces directo y personal, una singularidad de la que era consciente el autor, tal como confiesa a uno de sus corresponsales:

> Pero, de verdad, ¿qué opinas de mis cartas? ¿No te parece que hablo contigo en un lenguaje corriente? Y es que no siempre hay que hablar del mismo modo. Porque, ¿qué tiene en común una carta con un juicio o una arenga pública? [...] Las cartas solemos envolverlas con expresiones de uso diario (Cic. *fam*. 9, 21, 1).

El género epistolar adquiere de la mano del Arpinate personalidad propia en la literatura latina. Por supuesto, Cicerón en sus cartas —aún en las más espontáneas— no puede ocultar el escritor que lleva dentro ni es ajeno a las convenciones del género literario: a partir de una estructura formal preestablecida (nombre del destinatario, saludo, desarrollo del contenido, despedida), sabe adaptar con naturalidad el tono (amistoso o distante, festivo o trascendente) y el lenguaje según el tema, las circunstancias, el destinatario y la naturaleza —pública o privada— de la carta. Así, las públicas y de carácter oficial se caracterizan por una sintaxis más compleja y un lenguaje más cuidado y retorizante, mientras que en las privadas son frecuentes las elipsis, un léxico más coloquial, términos griegos, etc., un buen ejemplo en suma del *sermo cotidianus* de la élite cultural de la época.

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 10

Junto a su indudable interés lingüístico y literario, la correspondencia de Cicerón constituye un documento único e irrepetible para conocer uno de los períodos más trascendentes de la historia de Roma. El juicio del historiador Cornelio Nepote, contemporáneo de Cicerón y que pudo disponer ya de parte de sus cartas pocos años después de la muerte del orador, no puede ser más certero:

> Quien las lea, no echará de menos una historia continuada de aquella época. Y es que en ellas se describe todo lo relacionado con las ambiciones de los líderes políticos, los errores de los generales, los cambios experimentados por la República con tal detalle que nada queda sin descubrir y podría pensarse con razón que su clarividencia es en cierto modo un arte adivinatorio: Cicerón no solo predijo que sucedería cuanto acaeció durante su vida, sino que también profetizó, cual adivino, lo que ahora está sucediendo (Nep. *Att*. 16, 3-4).

En efecto, quien se acerque por primera vez a estas cartas podrá conocer con detalle algunos hechos históricos fundamentales del final de la República romana, pero sobre todo el ambiente político de una época convulsa y de una sociedad en crisis: los entresijos de una campaña electoral, los procesos judiciales y sus implicaciones políticas, la corrupción, las intrigas, los juegos de alianzas entre los poderosos, etc., etc. Conocerá también algunos de los hitos fundamentales de la biografía de Cicerón (la campaña para el consulado, el dolor del exilio y su regreso triunfal, sus relaciones —cambiantes y difíciles— con Pompeyo o César, su enfrentamiento mortal con Marco Antonio, sus desencuentros y dependencia de Bruto) y no pocas de sus aficiones, debilidades e inquietudes. Y, por supuesto, podrá

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 11

profundizar en unas relaciones personales, con su familia (su esposa Terencia, su hermano Quinto, sus hijos Quinto y Tulia, su liberto Tirón) y sus amigos (Ático por encima de todo, pero también Trebonio, Celio o Curión), y trazar así un retrato cabal de una personalidad atractiva y contradictoria, compleja y poliédrica.

En esta variedad y riqueza de contenidos reside por tanto uno de los indudables atractivos de la correspondencia de Cicerón[2]. Porque, en un diálogo directo con sus interlocutores, el autor se despoja por momentos de la máscara del personaje para mostrar todas las contradicciones —grandezas y miserias— del ser humano: sensible y vanidoso, obsesionado con su imagen pública y el apoyo de los poderosos, preocupado por sus villas y posesiones, cálido o distante para con los suyos, abatido hasta la depresión pero en ocasiones firme, a veces consecuente, dubitativo siempre. Cualquier lector, pues, podrá decir de Cicerón lo que su hermano Quinto: «te he visto por entero en tu carta» (*fam*. 16, 16, carta 20).

A mi juicio es esta inmediatez de las cartas, este reflejo de unos estados de ánimo transitorios y cambiantes, un hecho que el lector ha de tener siempre presente para no extraer conclusiones precipitadas sobre la figura de Cicerón. Ya Gaston Boissier advertía hace más de un siglo de estos riesgos:

> Algún día, un comentarista curioso estudiará esas confidencias demasiado sinceras y se valdrá de ellas para pintar, del imprudente que las ha hecho, un retrato que horrorizará a la huma-

[2] J. M. Baños, T. Hernández, *Cicerón. Correspondencia con su hermano Quinto,* Madrid, Alianza Editorial, 2003, pp. 9-11.

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 12

> nidad. Demostrará, con citas exactas e irrefutables, que era mal ciudadano y amigo desleal, que no amaba a su patria ni a su familia, que estaba celoso de las personas honradas y que fue traidor a todos los partidos. Sin embargo, no hay nada de esto...[3]

Petrarca, por ejemplo, un ciceroniano militante que había convertido la obra del Arpinate casi en la razón de su existencia y en bandera del humanismo, no pudo disimular su desilusión al descubrir en su correspondencia un Cicerón demasiado humano, frágil y contradictorio.

No es extraño, pues, que muchos historiadores se hayan servido de estas cartas para fustigar a la persona y proyectar esta valoración subjetiva al legado cultural y literario de Cicerón. Juicios injustos, como el de Mommsen[4], un declarado anticiceroniano, y, por extremos, no menos parciales que los de aquellos que han convertido a Cicerón en un héroe de la libertad o en el paradigma del hombre de Estado. A buen seguro, también el retrato de César, tan idea-

[3] G. Boissier, *Cicéron et ses amis*, París, 1888. Cito por la traducción de A. Salazar, *Cicerón y sus amigos*, Madrid, 1944, pp. 24-25.

[4] «Marco Cicerón, político oportunista notorio, acostumbrado a flirtear algunas veces con los demócratas, otras con Pompeyo y otras más, a mayor distancia, con la aristocracia, a prestar sus servicios de abogado sin distinción de persona o partido a todo acusado que tuviera influencia —hasta Catilina fue uno de sus clientes— [...] Este político sin concepciones, emociones ni intenciones figuró sucesivamente en la lucha de los partidos como demócrata, como aristócrata y como instrumento de la monarquía y jamás fue, bajo estos distintos ropajes, más que un hombre egoistamente miope... ¿Hace falta que describamos al orador?... Cicerón no era hombre de pasiones ni de convicciones; era, sencillamente, un abogado y no de los mejores... Echábanse de menos en el lenguaje de Cicerón la concisión y la severidad, en sus chistes la vida, en la ordenación de sus discursos la claridad y la armonía y, sobre todo, no se percibía en toda su elocuencia la pasión y el fuego que hacen al verdadero orador» (Th. Mommsen, *El mundo de los Césares*, Madrid, 1945, pp. 740-742 [trad. de W. Roces del original alemán de 1885]).

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 13

lizado por la historiografía antigua y por el propio Mommsen, se habría llenado de claroscuros y contradicciones si se nos hubieran conservado sus cartas. O las de Augusto, quien por cierto se cuidó mucho de que no fueran publicadas y que, en cambio, ejerció una censura maquiavélica sobre las de Cicerón: si hemos de hacer caso a la controvertida hipótesis de Carcopino[5], Ático, a instancias del emperador, habría publicado en el 33 a.C. y de forma interesada solo la parte de su correspondencia que más desprestigiaba la figura política de Cicerón.

3. Criterios para una antología

Más allá de valoraciones personales, las cartas de Cicerón se pueden entender como extractos de un diario de su vida y por extensión como un retrato de su época. Y es que de ningún personaje de la Antigüedad disponemos de tantos datos y tanta documentación histórica, hasta el punto de que «hay momentos de su vida en que es posible seguir día a día no solo sus acciones, sino hasta sus lecturas y el curso de sus pensamientos y preocupaciones»[6]. Al fin y al cabo, para Cicerón, como para la élite política y cultural de su época, la comunicación epistolar era una práctica cotidiana reflejo de una necesidad espiritual.

Este ha sido el punto de partida del libro que el lector tiene en sus manos: trazar un recorrido por la vida y la época de Cicerón a partir de una selección de sus cartas más representativas desde un punto de vista histórico y literario.

---

[5] *Les secrets de la correspondance de Cicéron*, París, 1947.

[6] A. Fontán, «La personalidad intelectual de Cicerón y su actitud en la política», en *Humanismo romano*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 48.

introducción_Maquetación 1 04/12/2017 20:04 Página 14

Conviene recordar, en este punto, que las casi novecientas cartas conservadas (incluidas las de algunos de sus corresponsales) suponen solo la mitad aproximadamente de la amplia producción epistolar de Cicerón, que se extiende cronológicamente desde al año 68 a.C. hasta pocos meses antes de su muerte, en diciembre del 43. Desde los editores renacentistas, por tradición, se ha acabado agrupando dicha correspondencia en cuatro grandes *corpora*, en función de los destinarios: su amigo y editor el banquero Pomponio Ático (*epistulae ad Atticum*), su hermano Quinto (*ad Quintum fratrem*), Marco Bruto, el asesino de César (*ad M. Brutum*), y, por último, las *epistulae ad familiares*, un conjunto de 16 libros de cartas con destinatarios, tonos y contenidos muy diversos. Se trata por tanto de una selección amplia y significativa pero sin duda distinta de la antología que el propio autor, siempre preocupado por la pervivencia de sus obras, estaba preparando (Cic. *Att*. 16, 5, 5), y también de la que Tirón, su liberto y secretario, publicó a la muerte del orador. Casual o intencionada (algunos períodos como el consulado y la represión de la conjura de Catilina apenas aparecen reflejados, por no hablar de la correspondencia de Cicerón con César o el futuro Augusto), las cartas conservadas son más que suficientes para reconstruir el final de la República y, sobre todo, para dibujar, con rasgos nítidos a veces, a veces contradictorios, la personalidad de Cicerón.

En nuestra selección, reducida al final a casi medio centenar de cartas, confluyen a la vez razones históricas y literarias. En primer lugar, las cartas elegidas sirven de hilo conductor para trazar una suerte de diario personal de la